

El Destino de las Palabras

Silvia González

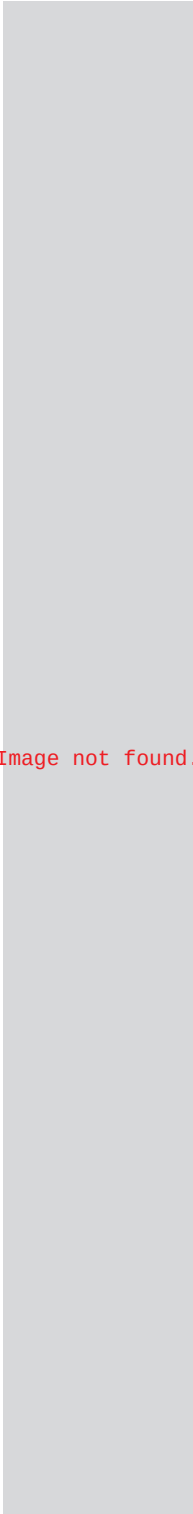


Image not found.

Capítulo 1

EL DESTINO DE LAS PALABRAS

Patricia. Año 2017, Argentina, en un pueblo del sur bonaerense.

Me gustan los libros viejos, usados, que estuvieron ocultos durante mucho tiempo en una biblioteca, tal vez de maderos oscuros con algo de polvillo y un dejo de humedad. O que, quizás, descansaron en estanterías blancas, donde los visitaba casi a diario la luz del sol y donde las cortinas de colores bailaban por la brisa de la ventana entreabierta. Sin importar el lugar, esos libros tienen una energía diferente a la de los libros nuevos. El papel está amarillo, las letras tienen formatos de antiguas tipografías y el inconfundible aroma que escapa de sus hojas es...magnífico, irrepetible y alcanza un lugar recóndito del alma, donde guardo el néctar armonioso que alimenta mi espíritu de lectora.

Leí por ahí que los amantes de esos libros antiguos tenemos carencias en afectos de abuelos. Abuelos que les hayan contado historias añejas, de su infancia, de juguetes ancestrales, de miedos a las ánimas, de padres distantes y severos, en fin, narraciones de tiempos idos que acrecientan el horizonte cotidiano de la mente infantil. Una conversación faltante entre edades apartadas, que se escudriña, entonces, en lecturas...¿anticuadas?. Yo no conocí a ninguno de mis abuelos y pocas cosas sobre ellos me contaron mis padres. Por eso estoy investigando en la red, sobre sus nombres, sus orígenes, sus costumbres, sus migraciones.

Hoy recibí los seis tomos de *Memorias del Ultratumba*, de François de Chateaubriand, editados en ¡1889! Tienen tapas marrones, de cartón compacto y grueso, con huellas de muchas horas de lectura, que se marcan en roses oscuros de sus cubiertas. Y, lo que es un regalo para mí, las páginas están intervenidas, personalizadas por otros, por desconocidos lectores que han reaccionado emocionalmente a la prosa poética del autor y dejaron sus propias palabras escritas, a veces a lápiz, a veces con tinta. Frases subrayadas, ideas sublimes que seguro, hicieron levantar la vista del texto y pensar en lo certero de la oración y en lo enriquecedor de su esencia. Lo mismo que voy a hacer yo, cuando comience a leer y mezclarme en el devenir de la historia, en ese diálogo mágico entre Chateaubriand y mi ánimo indagador.

Juan. 1900, España, en una aldea de Ourense.

Hace poco que puedo comprar libros nuevos, desde que comencé a trabajar regularmente como labrador. Estoy criando a mi pequeña familia y lo demás es algo de ropa, algún mueble y...libros. Sábado y domingo están dedicados a mi última adquisición, *Memorias de Ultratumba* de François de Chateaubriand, son seis ejemplares de cubiertas marrones y

páginas que huelen a nuevo, aunque relaten hechos remotos, algunos del siglo pasado, como la Revolución Francesa. La escritura florida, los hechos de un soldado, de un viajero, de un literato como Chateaubriand, son enseñanzas que me incitan a soñar, a expandir mi mundo atascado en una realidad ceñida.

Hay palabras tan bien entrelazadas que además de belleza me colman de sabidurías nuevas. Las que más me gustan las copio en un cuaderno escolar, del que me sobraron hojas al finalizar el curso, varios años atrás ya. Pero las hojas en blanco se me terminan, y, aunque me dé lástima, escribo mis impresiones en lápiz, muy suave, al final de página o subrayo, también muy suave, con regla, en las páginas tan nuevecitas de las *Memorias...*

José. 1920, Argentina, ciudad de Buenos Aires.

Recién llegado al puerto desde España, en busca de trabajo. Mi maleta está pesada, traigo mi ropa, mis herramientas de carpintero y todos los anhelos de un futuro mejor, sin guerras ni escaseces. También algunas semillas, se dice que esta tierra es fértil, que los huertos gracias a la pericia de los "gallegos" y los "tanos" brotan espléndidamente y ayudan a la olla diaria. Sin embargo, entre todos estos objetos, se destaca el regalo de mi padre: libros de Chateaubriand, los primeros que pudo comprar, que siempre guardó como un tesoro y que sabe que están en mis buenas manos de lector empedernido.

Todas las noches, después de trabajar en el exiguo galpón que llamo pomposamente la carpintería y de regar mis surcos de plantines en fila, leo las *Memorias de Ultratumba*. En parte, me siento como el peregrino que fue Chateaubriand, aunque en mucha menor escala, claro está. Sin embargo, los sentimientos del viajero son siempre los mismos, sin importar distancias ni objetivos. Voy marcando en las páginas, mis impresiones de inmigrante, de espectador de realidades diferentes, de otros enfrentamientos políticos, que son, en el fondo, repito, similares a las del autor. Escribo algunas palabras específicas y... sorpresa, ya en el tomo cuarto, encuentro anotaciones de mi padre. La emoción es mucha, por la lejanía, por el extrañar, pero sobre todo, por ese diálogo de tres que siento en mis entrañas, entre las palabras de Chateaubriand, las de un papá que le pareció hereje escribir en su libro nuevo y las mías, hechas de soledad y esperanza.

Librero. 2013, Argentina, Buenos Aires.

Montones de libros diseminados en pilas tambaleantes. La librería de viejo tiene su parte ordenada, de estanterías apretadas, donde el público pasa una y otra vez, entre indecisiones, interrogantes, regateos, compras de paquetes enormes, o de un solo ejemplar o del 'sólo mirar'. La trastienda, sin embargo, es un maravilloso caos de color y de títulos, donde reina el

silencio meditabundo y concentrado del que trata de organizar. Primero se dedica a las colecciones, porque necesitan un repaso especial y un lugar determinado en la parte de ventas. Deben estar en buenas condiciones todos los tomos, todas las páginas, hasta la última, la del FIN esclarecedor.

Ya ordenó los diez ejemplares de la Historia del Perú de color verde, de un autor desconocido para él y los tres rojos, también de historia peruana, del Inca Garcilaso de la Vega. Ahora calcula el espacio que resta en la estantería ubicada al lado de la vidriera y busca entre los libros apilados, alguna colección que pueda completar y entonar con los demás. Una marrón claro, de varios tomos, llama su atención, tienen el tamaño y color justos. Están en buen estado general y al librero, al pasar sus hojas, le sorprenden gratamente las anotaciones. Frases subrayadas, palabras sueltas, signos de admiración o pregunta, con una carga emocional intensa. En los últimos libros aparecen otras marcas, hechas con lápiz, con suavidad, casi con temor. Fueron dos los lectores, sin dudas. Sí, en la última página se lee: Juan, 1900 y José, 1920. Los trazos reflejan sus muchos años. 'Qué maravilla', piensa el librero, 'quién sabe qué historias viven en estos libros'. Con un suspiro de satisfacción, termina de emprolijarlos y los ubica a disposición del público. Su hijo, más versado en lo virtual, los pondrá a la venta en Internet. Secretamente, espera que no se vendan tan pronto, que pueda tener un tiempito para leerlos, aunque los seis libros no se leen con facilidad en un tiempito...

Patricia. Año 2017, Argentina, en un pueblo del sur bonaerense.

Sigo leyendo a Chateaubriand, me falta poco para terminar. Mientras tanto, me llegan las noticias de mis abuelos, por parte de mi madre. Eran españoles, de Ourense. Juan se llamó mi bisabuelo, era labrador y su hijo José, carpintero, fue el que llegó a Argentina. Quizás algo nostálgica por esa familia que no conocí y que ansío de alguna manera, vuelvo a la lectura y a este mundo pretérito con sus letras de molde y sus manuscritos de lectores anteriores a mí. El tomo seis se acaba, estoy leyendo la última página, fin. Al dar vuelta la hoja, leo y luego de la sorpresa paso a las lágrimas: Juan, 1900. José, 1920.